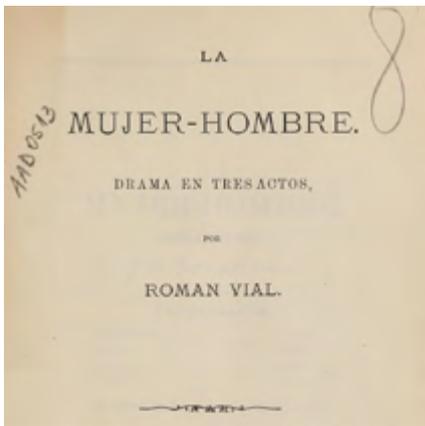
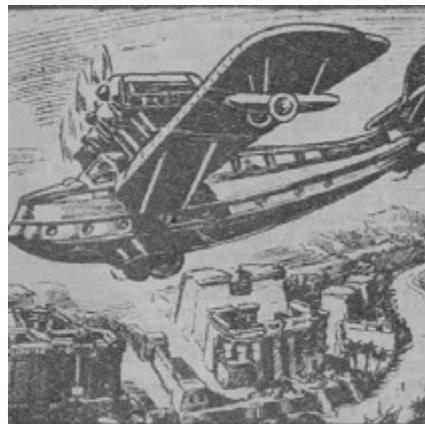


# PERSPECTIVAS



# DIGITALIZAR LA MEMORIA

DANIELA SCHÜTTE GONZÁLEZ

Licenciada en Letras con mención en Lingüística y Literatura Hispánica, Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Edición, Universidad de Salamanca, España. Coordinadora General Memoria Chilena de la Biblioteca Nacional de Chile

Hacia el año 2000, el mundo de las bibliotecas se maravillaba por las posibilidades que las nuevas tecnologías ponían al servicio del milenarismo del librero. Un mundo nuevo se abría a través de los distintos softwares que ya desde la década del 80 venían anticipando una revolución para este planeta de fichas catalográficas, anaqueles cubiertos de libros y tesoros escondidos. La idea de la digitalización y la difusión de colecciones documentales hacia lugares remotos, se ampliaba para muchos como una posibilidad cada vez más cercana. De hecho, en Europa y Estados Unidos, ya se hacía gala, en esos años, de proyectos emblemáticos que inspirarían los tímidos intentos de este lado del mundo.

El año 2001 llegó a la Biblioteca Nacional de Chile con una misión importante: Romper los muros del edificio para llevar las colecciones tan lejos como fuera posible. Clara Budnik, Gonzalo Catalán, Ximena Cruzat y Ana Tironi lideraron la misión e invitaron a un grupo de investigadores de diversas disciplinas, a sumarse a esta gran apuesta. Como Ana recuerda, todo partió con un gran árbol de contenidos escrito sobre varios pliegos de papel kraft. Este, extendido sobre la mesa de la oficina de la dirección de la Biblioteca Nacional, servía como base para la discusión apasionada sobre todo lo que debería contener este mapa cultural de Chile.

Concluido este proceso, otros desafíos comenzaban. ¿Cómo dar forma a estos contenidos, cómo agruparlos, hacerlos coherentes y permitir la coexistencia de investigaciones, documentos, imágenes y registros audiovisuales? Luego, articular de un modo eficiente y consecuente con la definición anterior, los distintos equipos de trabajo y sus radios de acción, sentando desde ese momento y hasta hoy, la solidez profesional y el compromiso con el proyecto como valores imprescindibles del equipo. Por último, la implementación de la necesaria infraestructura tecnológica, tanto en términos de herramientas y equipos de digitalización, como también en cuanto a licencias, servidores de almacenamiento, respaldo y hosting.

Esta difícil pero enriquecedora etapa, culminó, parcialmente en diciembre de 2002, cuando empezó la marcha blanca de Memoria Chilena. Durante ese caluroso verano, presentamos orgullosos –y muy cansados– los primeros 50 mini sitios sobre historia y literatura chilena. Casi un año después, el 3 de octubre de 2003, Memoria Chilena se inauguraba oficialmente como el portal de la cultura de Chile, con 179 investigaciones, más de 6.000 documentos –de ellos, 837 libros completos– y un total de 140.000 páginas digitalizadas. El Salón Fundadores –actual Bicentenario–, en ese entonces lucía una gran pantalla, donde sería presentada la primera biblioteca digital de Chile y Latinoamérica. Desde ese día y hasta principios del año 2011, nuestro lema: El portal de la cultura de Chile, recibía a los 20.850 visitantes estimados<sup>1</sup>, que ese mes de octubre del 2003 nos acompañaron.

Durante este período, y hasta el año 2005, los objetivos eran claros: cubrir las bases de la literatura chilena y de los personajes y acontecimientos históricos que definían nuestra identidad como país, poniendo énfasis en el rescate y difusión de las colecciones patrimoniales de la Biblioteca Nacional de Chile. Luego de dos años de trabajo arduo, el año 2005 presentamos un nuevo sitio web, que acogía de mejor forma el creciente número de mini sitios y documentos digitalizados de las colecciones de nuestra biblioteca. Ese año, también, adoptamos como lema la consigna: “Digitalizar es democratizar”.

1

Para octubre de 2003: Páginas Vistas: 229.646; Visitantes Totales Estimados: 21.850; IP únicos: 13.155 y Archivos Abiertos: 60.654. Tiempo de estadía medio: 14 minutos 32 segundos.

Los años 2006 al 2011, fueron una etapa de maduración y validación. La digitalización de nuestras colecciones crecía a un ritmo acelerado y nos enfrentábamos con entusiasmo, pero también con cierta cautela, al vertiginoso avance de las tecnologías. Y pienso en cautela, porque si bien los procesos técnicos se iban haciendo progresivamente más sencillos, la inminente obsolescencia tecnológica, nos iba –y sigue haciéndolo– pisando los talones.

Con todo, los 10 años del sitio, cumplidos en el año 2013, nos impulsaron a dar un nuevo paso. Nuevamente, la plataforma con la que trabajábamos resultaba estrecha, compleja y poco seductora para los nuevos nativos digitales que se iban sumando a nuestra audiencia. Los contenidos se habían expandido, habíamos diversificado las áreas que abordaban los mini sitios y la exploración de nuevas formas de retro alimentación con nuestros usuarios estaba teniendo sus frutos. Esta vez, con una Sala América repleta de usuarios, amigos y colaboradores, tuvimos la oportunidad de presentar el nuevo sitio que nos acompaña hasta hoy.

La maduración de lo que hasta ese momento se había logrado, nos permitió iniciar la revisión y perfeccionamiento de los procesos. La “urgente” necesidad de cubrir las bases del impulso inicial dio paso a la reflexión y a la revisión no sólo de la forma en la que se digitalizaba, sino sobre todo, de la forma en la que se investigaba. Nuevos profesionales se integraron a nuestro equipo y gracias a su rigor académico y a su atenta mirada de lo que como usuarios habían podido apreciar, pudimos continuar perfeccionando nuestra metodología de investigación y lineamientos editoriales.

Asimismo, abrimos la puerta al desarrollo de proyectos de investigación y digitalización colaborativos, lo que sumado a la permanente sugerencia de nuestros usuarios de nuevos materiales para digitalizar e investigar, han permitido ampliar el espacio desde el cual se selecciona el material que será digitalizado. Hoy, Memoria Chilena recibe un promedio mensual de 597 mil usuarios desde todas las regiones de Chile y desde casi todos los rincones del mundo, que descargan alrededor de 68 mil documentos cada mes.

La Biblioteca Nacional de Chile, como custodia del depósito legal, es el centro

bibliográfico más grande del país. Esta particularidad, le otorga un rol central en cuanto a la preservación de la memoria histórica y cultural de nuestro país. Esta tarea, naturalmente compartida por archivos, museos y otros centros de investigación y documentación, adquiere crucial importancia cuando pensamos en el rol político que cabe a este tipo de instituciones en términos de fomentar un pleno y comprometido ejercicio de la ciudadanía, entendiendo como ejes centrales de este, tanto el acceso a la información como a la memoria.

“Toda memoria es individual, irreproducible, muere con cada persona. Lo que es llamado memoria colectiva no es recordar sino estipular que esto es importante y que esto es la historia acerca de cómo ocurrieron las cosas, con las imágenes que encierran esa historia en nuestras mentes”, señala Susan Sontag en su libro *Ante el dolor de los demás*. Siguiendo esta idea, no sería iluso intentar entender la digitalización de libros, revistas, diarios, fotografías, cartas y otros documentos como una forma de fijar o estipular aquellos objetos documentales que fueron, son y serán esclarecedores o –quizás– explicativos de nuestra historia.

También, y desde esta dimensión, la digitalización, contextualización y puesta en línea de fuentes documentales poco accesibles, podría ser entendida como un gesto político hacia la ciudadanía, como una forma de fomentar la apropiación, de potenciar la investigación y de generar nuevo conocimiento, como una herramienta esencial –en los tiempos que corren–, de resguardar la memoria “fijando” ciertos momentos, acontecimientos o figuras para que a partir de ellos cada uno en base a su experiencia, a sus vivencias y desde el lugar en el que mira el mundo, pueda construir la memoria de su país.

En el acta de fundación de la Biblioteca Nacional, se lee: “El primer paso que dan los pueblos, para ser libres, es darse grandes bibliotecas”. El segundo, en mi opinión, es digitalizarlas. ■

